

TARAS BULBA

NIKOLÁI GOGOL

TARAS BULBA

Prólogo de Arturo Pérez-Reverte
Ilustración de Augusto Ferrer-Dalmau



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Taras Bulba*

Traducción de: Tatiana Enco de Valero

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: octubre de 2022

© prólogo: Arturo Pérez-Reverte, 2022

© ilustración de la cubierta: Augusto Ferrer-Dalmau, 2022

© de la presente edición: Edhasa, 2022

Coedición especial entre Zenda y Edhasa (Zenda-Edhasa)

Diputación, 262, 2.ª 1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

www.zendalibros.com

marketing@zendalibros.com

www.edhasa.es



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-5572-7

Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

Depósito legal: B 18254-2022

Impreso en España

CABALGAN LOS COSACOS

ARTURO PÉREZ-REVERTE

Nada hay nada más poderoso narrativamente que los mundos de frontera. Allí suelen darse situaciones extremas, perfilándose en ellas una clase de personaje que siempre me interesó mucho; primero como lector, después como reportero y al fin como novelista. Héroe cansado o cerca de estarlo, mercenarios de sí mismos fieles a sus propias reglas; gentes de singulares lealtades, capaces —a veces en la misma jornada— de actos heroicos y de hechos abyectos o atroces. Pura condición humana, a fin de cuentas. Movíendome por ese complejo mundo de fronteras, observando a esos hombres y mujeres, haciéndolos material de trabajo y también, en ocasiones, amigos míos, comprendí muy pronto que hay lugares y momentos donde la crueldad, la violencia, las pasiones y los odios son tan naturales como el amor, la generosidad o la ternura.

Desconocer —o pretenderlo— la naturaleza del ser humano y del duro mundo donde nace, ama, odia, trabaja, lucha y muere es negar la comprensión de un problema complejo llamado vida. Y eso es, incluso, más peligroso que

la violencia o el mal. Ignorar, despreciar o condenar lo que no encaja en el canon social o moral de cada momento —por otra parte, tan inestable y cambiante siempre— genera individuos maniqueos, limitados, propensos a situarse fácilmente en los extremos propios de cada momento. Haciéndolos, así, incapaces de entender lo hermoso y lo terrible de su propia y, a fuerza de humana, contradictoria naturaleza.

Pensaba en todo eso estos días al releer *Taras Bulba*, más de medio siglo después de la primera vez que lo hice. Al tener en las manos esta nueva edición de una novela que, como tantas otras leídas en la juventud, fue muy reveladora para el lector que en esos años se asomaba por primera vez, a través de los libros, a la sorprendente gama de grises que dibuja el ambiguo corazón del ser humano.

Pero además de la memoria personal del lector que fui —y que confío en no haber dejado de ser todavía—, hay otros elementos que dan a esta novela de Gogol, hoy casi olvidada, un carácter actual, didáctico incluso para cualquier lector. Y no sólo por ilustrar de un modo asombroso la historia de las fronteras móviles del Cáucaso, las luchas continuas entre rusos, ucranianos, turcos y polacos, su compleja nacionalidad cambiante, sus leyendas, su duro paisaje... Además de todo eso, que no es poco, esta excelente novela encierra en sí misma la clave de muchas de las humanas contradicciones, de los rincones oscuros del ser humano a los que antes me refería.

Empecemos por el autor mismo: Nikolái Gogol, nacido en la provincia de Poltava, en el corazón de una Ucrania donde pasó su infancia y juventud para trasladarse después a San Petersburgo, donde escribiría en ruso porque deseaba triunfar en la poderosa capital de la gran Rusia.

Sin embargo, pese a ese exilio deliberado, la memoria y las costumbres de su tierra natal iban a seguir interesando al escritor a lo largo de toda su carrera. *Taras Bulba* es quizás el mejor ejemplo de ello, pues la historia de Ucrania, escrita en ruso, se trasluce con nitidez a través de su protagonista: un veterano cosaco que encarna el ideal del héroe valiente, libre e inevitablemente dotado por el autor de una aureola trágica y romántica, como corresponde al gusto de la época. Porque al leer *Taras Bulba* conviene tener presente que fue escrita hacia 1830, en pleno Romanticismo. Es decir, en pleno torrente de ideas y relatos que ensalzaban el pasado. Cuando las palabras «identidad» y «nación» eran renovadas con flamantes mitologías y por doquier se agitaba la bandera de los pueblos oprimidos que, luchando por su independencia y libertad, veneraban a personajes reales pronto convertidos en leyenda, como lo fueron Lord Byron o Simón Bolívar.

El momento de la escritura de *Taras Bulba* es también el tiempo de la última gran épica al otro lado del océano, en el continente norteamericano y sus vastas llanuras, cabalgadas como en las estepas del este europeo por hombres duros que trazaron su vida a sangre y fuego. Empezaba por esas fechas la fiebre del oro en California, y daba los primeros pasos propios el *western*, que pronto popularizaría de modo extraordinario la literatura y luego el cinematógrafo. Porque, efectivamente, la literatura los creó; pero fue el cine el que, con su inmensa potencia social, consolidó esos dos tipos singulares de héroe a caballo que llegan hasta nuestros días: el vaquero y el cosaco.

Hoy es difícil imaginar la impresión que hace sesenta años sintió este jovencísimo lector de Gogol cuando acu-

dió al estreno, en la sala del cine Mariola de Cartagena, de *Taras Bulba*, la adaptación en cinemascope de la novela, leída sólo unos meses antes en la colección Universal de la editorial Calpe. Una superproducción a todo color con interpretaciones estelares. Yul Brynner, nada menos, gran estrella del momento, era Taras Bulba; un papel que parecía hecho a medida para él, pues, aunque nacionalizado americano, había nacido en Vladivostok, de padre ruso y madre moldavo-ucraniana. Interpretando al rebelde hijo del cosaco, la película contaba con otro actor de moda en ese momento, el apuesto Tony Curtis. Y cerrando el triángulo de actores estaba la bellísima actriz austríaca Cristina Kaufmann, que interpretaba a la princesa rusa enamorada del joven cosaco ucraniano. Y, por cierto, sus irresistibles ojos azules no sólo enamoraron al personaje, sino también al actor, quien, tras un escándalo que desbordó el plató y paralizó el rodaje, pues con diecisiete años ella era menor de edad, terminó abandonando a su mujer para casarse con la joven actriz. Pero ésa es otra historia.

O tal vez, en el fondo, no sea del todo otra historia. Al fin y al cabo, eso también alimenta la literatura: pasiones, lealtades y deslealtades, mujeres hermosas y hombres valientes, una historia de amor apasionado y una despedida. La caballería cosaca, sables en alto con el vodka en el cuerpo suficiente para calentar los últimos cien metros antes de matar y morir. Historias y personajes, cine, literatura, imaginación, que inevitablemente calarían hondo en aquel lector y espectador asombrado que, entre películas y libros, creció admirando a un tipo de héroe tal vez imperfecto, no el más honesto ni el más piadoso, pero valiente y fiel a sus propias reglas.

La misma palabra «cosaco» —*kazajo*, en ruso, del turco *kazak*, que significa «aventurero» u «hombre libre»— ya contiene, de partida, esa complejidad enriquecedora en la vida, el cine y la literatura. Utilizados como mercenarios por polacos y rusos, los cosacos cabalgaban a un lado y otro de las fronteras en incursiones sanguinarias. Eran salvajes y luchaban bajo la bandera de quien mejor pagaba, pero tenían sus propios códigos. Tan singular historia se extiende desde los tiempos de Iván el Terrible hasta la adhesión de las huestes cosacas a la causa zarista, pasando por la retirada napoleónica de Moscú. Donde, por cierto, el soldado Nicolás Bobrowski, abuelo del polaco Joseph Conrad, escritor como Gogol de origen ucraniano, casi murió de inanición al final de la campaña de Rusia, tras la desastrosa retirada de 1812.

Ya en tiempos más cercanos a los actuales, el concepto y la imagen del cosaco se fue modificando a impulso de las nuevas guerras. La Revolución Rusa los dividió entre los ejércitos blancos y rojos. Y más tarde muchos cosacos fueron persuadidos por Hitler para que combatieran contra Rusia en la Segunda Guerra Mundial, del mismo modo que se vieron, antes y después, sometidos a las persecuciones de Stalin. Más tarde, su legendaria libertad y bravura los llevaría a tomar parte durante la era Yeltsin en la campaña de Chechenia. Y en fechas más recientes los vimos actuar y pelear, ya sin pizca de romanticismo literario ni cinematográfico, integrando grupos paramilitares que lucharon junto a las tropas rusas durante la invasión de Georgia en 2008, o en la anexión armada por parte de Rusia de la región ucraniana de Crimea en 2014. De algún modo, la reciente guerra de Ucrania de 2022 ha vuelto a llevar a los cosacos al plano de la actualidad.

No es posible, en suma, mayor vigencia para esta historia de personajes legendarios, recios jinetes pobladores de una región extensa, lejana y fértil en leyendas y fronteras, azotada por incursiones atroces entre pueblos que no pueden dejar de luchar entre sí porque nunca tuvieron tiempo para olvidar: Turquía, Polonia, Rusia, Ucrania... Piezas de un eterno ajedrez que se disputa desde hace siglos sobre un tablero de duras estepas y orillas donde van a morir viejos ríos llamados Ural, Don, Volga, Dniéper, y en cuyas márgenes nacieron grandes y terribles huestes guerreras. No es extraño, por tanto, que los cosacos, orgullosos de su libertad de servir al señor que más convenga, impredecibles, valerosos y fieros, hayan dado a la literatura y el cine, desde Tolstoi y *Los cosacos* a Gogol y *Taras Bulba*, desde la elegante estrella del cine mudo John Gilbert hasta el polifacético Yul Brynner, algunos de los relatos más apasionantes de la literatura universal.

Y ahora, con usted, afortunado lector, *Taras Bulba*. La historia del primer cosaco.

CAPÍTULO PRIMERO

—¡**D**ad la vuelta, hijos míos! ¡Qué ridículos estáis! ¿Para qué lleváis esa sotana? ¿Vestís todos así en la academia?

Con estas palabras recibió el viejo Bulba a sus dos hijos, alumnos del seminario de Kiev, cuando volvieron a casa.

Los dos hermanos acababan de apearse de los caballos. Eran dos mocetones altos y fuertes, pero aún echaban vistazos someros a su alrededor, como dos párvulos que acaban de salir del colegio. Sus rostros, alegres y sanos, estaban aún cubiertos por ese primer vello al que todavía no ha rozado la navaja de afeitar. Muy aturridos por la acogida de su padre, permanecían en pie, inmóviles y con la mirada fija en el suelo.

—¡Esperad, esperad! ¡Dejadme contemplaros bien! —prosiguió Bulba, haciéndoles dar vueltas sobre sí mismos—. ¡Qué caftanes tan vistosos! ¡Y largos! Caftanes como éstos no se han visto nunca en el mundo. ¡Quisiera que alguno de vosotros echase a correr, y a ver si os es posible hacerlo sin caer al suelo por enredarse los faldones entre las piernas!

—¡No te rías, padre! —dijo al fin el mayor.

—¡Mira qué presumido! ¿Por qué no me he de reír?

—Porque, aunque seas mi padre, te golpearé. ¡A fe mía que te golpearé si te sigues riendo!

—¡Tú! ¿Qué dices, hijo? ¿Cómo...? ¿A tu padre? —exclamó asombrado Taras Bulba, retrocediendo unos pasos.

—Aunque seas mi padre. No tolero a nadie una ofensa.

—¿Y cómo quieres que nos peleemos? ¿A puñetazos?

—No me importa cómo.

—¡Bien, anda, sea, a puñetazos! —dijo Bulba, arremangándose—. Veré así qué tal hombre eres en la lucha.

Y el padre y el hijo, después de tanto tiempo separados, en vez de abrazarse empezaron a darse puñetazos uno a otro en los costados, en la espalda y en el pecho, retrocediendo a veces para mirarse y luego avanzar y enzarzarse de nuevo.

—¡Mirad, buena gente, qué loco está el viejo! —gritó la madre, pálida y delgada. De pie en la puerta de la cabaña, aún no había tenido tiempo de abrazar a sus hijos—. Acaban de llegar los hijos, que hace más de un año que no los veíamos, y él, Dios sabe por qué, ¡se pega con ellos a puñetazos!

—¡Lucha bien! —exclamó Bulba, deteniéndose—. ¡A fe mía que lucha bien! —Se arregló las ropas—. Se le quitan a uno las ganas de pelear. ¡Será un buen cosaco! ¡Buenos días, hijito! ¡Abracémonos!

Y el padre y el hijo se fundieron en un abrazo.

—¡Está bien, hijo mío! Haz siempre como has hecho conmigo: ¡no perdones! Pero, a pesar de todo, llevas un vestido muy ridículo. ¿Para qué sirve esa cuerda? Y tú, holgazán, ¿qué haces ahí con los brazos cruzados? —se dirigió al menor—. ¿Por qué no me pegas también, hijo de perra?

—¿Qué dices? —repuso la madre, que estaba abrazando al menor—. ¿Cómo se te puede ocurrir que el hijo pegue a su padre? Además, no es hora de ocuparse de eso; el niño es demasiado joven, ha hecho un viaje muy largo y estará cansado. —El niño tenía veinte años muy cumplidos y medía más de una toesa—. Ahora necesita dormir y comer alguna cosa, y no debes obligarlo a luchar.

—¡Eh! ¡Veo que es tu niño mimado! —dijo Bulba—. No hagas caso, hijo, de tu madre; es una mujer y no sabe nada de estas cosas. ¿Qué cariño necesitáis? Vuestro cariño tiene que ser para el ancho campo y el buen caballo; ¡ése es vuestro cariño! ¿Veis este sable? Pues él es vuestra madre. Todo aquello con que han llenado vuestras cabezas son tonterías: la academia, los libros, los abecedarios, las filosofías. ¡Todo! ¡Yo me aburro y me río de todo eso!

Y entonces Bulba dijo algo que no es habitual que se imprima en los libros:

—Lo mejor será que os envíe la semana que viene a la *setch*. ¡Allí es donde está la sabiduría! ¡Aquella es vuestra escuela, y únicamente allí aprenderéis algo!

—Entonces, ¿sólo van a pasar en casa una semana? —preguntó lamentándose y con lágrimas en los ojos la anciana madre—. Tienen que descansar, tienen que conocer la casa paterna, y yo necesito contemplarlos a mi gusto.

—¡Basta, basta ya de aullar, vieja! No le conviene a un cosaco estar metido en casa entre mujeres. Tú los escondarías bajo las faldas, empollándolos como si fuesen huevos de gallina. Vete. Ve y pon en la mesa todo lo que haya en casa. Pero no nos traigas nada de buñuelos, pan de miel, turrón de adormideras y dulces; ¡tráenos un cordero entero, una cabra y el hidromiel de cuarenta años! Y una buena

ración de aguardiente, ¡pero nada de aguardiente preparado con pasas y otras finuras, sino el verdadero aguardiente, el aguardiente que centellea con furia!

Bulba llevó a sus hijos a una habitación, de la que salieron huyendo rápidamente dos guapísimas muchachas, adornadas con collares de monedas, que servían como criadas para el arreglo de la casa. Por lo visto, se habían asustado con la llegada de los señoritos, que tenían costumbre de no perdonar a nadie, o bien quisieron mantener la tradición femenina: lanzar un grito y echar a correr al ver a un hombre, y luego, como avergonzadas, durante un buen rato, se taparon la cara con la manga.

La habitación estaba conforme al estilo de la época, cuyo recuerdo ha quedado conservado en las *doumas* y canciones populares, recitadas por los ancianos ucranianos acompañándose de la *bandoura* en medio de un círculo de oyentes, según la costumbre de aquel tiempo rudo y guerrero que presenció las primeras luchas religiosas de los cosacos. Todo respiraba limpieza. El techo y las paredes estaban revestidos de greda reluciente. Sables, látigos, redcillas para cazar pájaros o pescar, arcabuces, un cuerno magistralmente labrado que servía de polvorera, una brida de oro y trabas llenas de pequeños clavos de plata se veían por todas partes. Las ventanas, pequeñas y circulares, tenían vidrios redondos y deslucidos, de los que aún se encuentran en las iglesias antiguas; no se podía ver a través de ellas más que levantando un marco corredizo. En rincones, y puestos en aparadores, había cántaros de barro, botellas y vasos de vidrio azul y verde, copas de plata cincelada y otras más pequeñas doradas: ya tunecinas, ya venecianas, ya florentinas, ya turcas o ya circasianas, que habían caído

en las manos de Taras Bulba de muy diferentes modos y tras pasar por muchas manos. Alrededor de la estancia se veían bancos de madera de abedul. Una mesa de gran tamaño estaba colocada debajo de unas imágenes sanas. Un inmenso fogón dividido en varios compartimentos y cubierto de baldosas barnizadas llenaba el ángulo opuesto. Todo esto era ya familiar para nuestros jóvenes, que todos los años iban a pasar las vacaciones a la casa paterna; digo iban y añado que viajaban a pie, porque, según la costumbre del país, a los escolares les está prohibido usar caballo. Se hallaban aún en la edad en que todo cosaco armado podía tirarlos del cabello impunemente; en este último viaje fue cuando Bulba les mandó dos potros para que regresaran del seminario.

Con motivo de la llegada de sus hijos, Bulba llamó a todos los *sotniks* que no se hallaban ausentes, y cuando dos de ellos acudieron a la invitación en compañía del capitán Dimitri Tovkatch, su viejo amigo, les presentó enseguida a sus hijos, diciendo:

—¡Mirad qué buenos mozos! Los voy a mandar ya mismo a la *setch*.

Todos felicitaron a Bulba y a los dos jóvenes, asegurándoles que, efectivamente, no había mejor escuela para un joven que la *setch*.

—¡Ea, señores y hermanos! Sentaos a la mesa, donde mejor os parezca. Y vosotros, hijos míos, comenzad por beber un vaso de aguardiente. ¡Que Dios nos bendiga! —exclamó Bulba—. A vuestra salud, hijos míos. A la tuya, Ostap. A la tuya, Andrei. ¡Que Dios nos dé suerte siempre en la guerra para que venzamos a los paganos y a los tártaros, y también contra los polacos, si tratan de hacer algo contra

nuestra religión. A ver, trae tu copa. ¿Es bueno el aguardiente? ¿Cómo se dice aguardiente en latín? Ya ves, hijo mío, ¡qué tontos eran los romanos! ¡Ni siquiera conocían el aguardiente! ¿Cómo se llamaba aquel que escribió versos en latín? No soy muy instruido, y por eso no recuerdo su nombre. ¿Tal vez Horacio?

«¡Qué taimado es mi padre! —pensó para sus adentros el hijo mayor, Ostap—. Lo sabe perfectamente, pero es un perro viejo y finge ignorarlo».

—Imagino que el archimandrita no os dejaba ni siquiera oler el aguardiente —prosiguió Bulba—. Y contadme, hijos míos, si os azotaban mucho en la espalda y en toda vuestra persona cosaca, bien con varas de abedul o de cerezo, o si como ya erais bien creciditos y muy sabios sólo sucedía algunas veces por semana.

—Padre, no hay que acordarse de lo pasado —contestó con calma Ostap—. Lo pasado, pasado está.

—Ya veremos. A partir de ahora —añadió Andrei—, nadie se atreverá a tocarme un pelo. ¡Desgraciado será el tártaro que me ofenda! ¡Pronto aprenderá lo afilado que es el sable de un cosaco!

—¡Bien, hijo! ¡Bien, por vida mía! Así me gusta que hablen los hombres, y pues que de tal modo decís, iré con vosotros al *zaporojie*. ¿Qué hago yo aquí? ¿Sembrar trigo? ¿Encargarme de los cuidados domésticos? ¿Cuidar de los corderos y los puercos y mimar a mi mujer? ¡Que el diablo cargue con ella! ¡Yo soy un cosaco por encima de todo! ¿A mí qué me importa que no haya guerra? Iré con vosotros a la *setch* para divertirme. ¡A fe mía que iré!

Y el viejo Bulba, cada vez más exaltado, se levantó de la mesa y, con actitud enfadada, dio una patada en el suelo.

—¡Mañana mismo nos vamos! ¿Para qué esperar? ¿Qué hacemos aquí? ¿Para qué necesitamos esta cabaña, todos esos pucheros y el ajuar?

Y diciendo esto empezó a romper platos y botellas. Su pobre mujer, aún sentada en el banco, acostumbrada ya a semejantes escenas, miraba tristemente a su marido. Nada osaba decirle nunca, pero, al oír su decisión, el corazón se le oprimió y no pudo contener las lágrimas. Miró a sus hijos, de quienes tan pronto iba a separarse, y su rostro reflejó el intenso pesar que la devoraba. Nadie podría describir el dolor que asomaba a sus ojos.

Bulba estaba furiosamente obcecado. Era uno de esos rudos caracteres propios del siglo XVI, uno de esos hombres relegados a un rincón de Europa cuando los habitantes de la Rusia meridional, huérfanos de sus príncipes y presa de los feroces y rapaces mongoles, sin otro recurso ni otro alivio que el valor de la desesperación, se atrevían, frente a sus irresistibles e implacables enemigos, a levantar sobre las ruinas humeantes de las casas que éstos habían incendiado otras casas; impávidos ante el peligro, se acostumbraban a mirarlo cara a cara sin arredrarse. Entonces todas las cercanías de los ríos, todos los vados, todos los pasos de las ciénagas se cubrieron de innumerables cosacos, de tal modo que sus atrevidos embajadores pudieron contestar a su emperador otomano, que deseaba saber cuántos eran: «¿Quién lo sabe? Están esparcidos por todas las casas, por las estepas; por todas partes hay cosacos».

Los cosacos fueron una extraordinaria manifestación de la fuerza rusa; la desgracia les hizo nacer de la misma entraña de la nación. En vez de los antiguos principados, de las pequeñas aldeas habitadas por cazadores y monteros;

en vez de los pequeños príncipes que guerreaban entre sí y vendían sus ciudades, se levantaron pueblos fortificados, unidos entre sí por el sentimiento del peligro común y por el odio a los invasores.

Sabemos por la historia que los cosacos, con su lucha incesante contra las salvajes hordas asiáticas, salvaron a Europa de unas invasiones que la amenazaban con destruirla. Los reyes de Polonia que sustituyeron a los príncipes y soberanos de aquellas tierras espaciosas eran débiles y se encontraban lejos de sus nuevos vasallos. Comprendieron pronto la importancia de los cosacos, las ventajas de sus inclinaciones guerreras, y los estimularon y lisonjearon. Bajo su lejano dominio, los atamanes, elegidos entre los mismos cosacos, transformaron los cercos y aldeas en regimientos y distritos; no formaban un ejército permanente, pero en caso de guerra no tardaban más de ocho días en reunirse. Acudían al llamamiento armados y dispuestos, sin más retribución que un ducado por cabeza, y, en quince días, se formaba un ejército tal que no hubiera sido posible allegarlo por medio de las quintas. Acabada la campaña, los soldados volvían a sus praderas y campos labrados a orillas del Dniéper, y allí se dedicaban a la caza o a la pesca, comerciaban, fabricaban cerveza y disfrutaban de su libertad. Los extranjeros tenían razón sobrada al asombrarse de las extraordinarias aptitudes de los cosacos, pues no había profesión que éstos no conociesen: preparaban aguardiente, construían carros, fabricaban pólvora, hacían de herreros..., y además sabían divertirse locamente y beber como sólo puede hacerlo un ruso.

Además de los cosacos inscritos en registro, con el deber de presentarse en el ejército en tiempos de guerra, tam-

bién eran muchos los voluntarios. Loe *iesaul* iban a ferias y mercados de los pueblos y, subiéndose a un carro, gritaban:

—¡Cerveceros, hidromieleros! Basta ya de fabricar cerveza y de calentaros el cuerpo en vuestros hogares. ¡Id a conquistar el honor y la gloria del caballero! Y vosotros, labradores, pastores, mujeriegos, ¡dejad vuestros campos, vuestros ganados y vuestras mujeres! ¡Buscad vuestro honor de caballeros! ¡Es hora de ir a conquistar la gloria cosaca!

Estas palabras eran como chispas cayendo sobre la madera seca. El labrador olvidaba su arado; los hidromieleros y cerveceros destruían sus toneles; los artesanos y comerciantes mandaban al diablo su profesión y sus tiendas, y todos montaban a caballo. El carácter ruso aparecía entonces bajo un nuevo e imponente aspecto.

Taras era un viejo *polkovnik*, jefe o coronel. Nacido para las dificultades y peligros de la guerra, se distinguía por su carácter rudo, firme e íntegro. En aquellos tiempos, la influencia de las costumbres polacas se dejaba sentir entre la nobleza menor rusa. Muchos se entregaban al lujo, tenían numerosos criados, se dedicaban a sus halcones y cacerías y daban grandes festines. Pero a Taras Bulba le disgustaba todo aquello. Amaba la vida sencilla de los cosacos, y calificaba de esclavos de los polacos a todos aquellos que se separaban de sus costumbres. Siempre inquieto y emprendedor, se consideraba defensor natural de la Iglesia rusa ortodoxa.¹ Visitaba las aldeas en cuanto alguien se quejaba de la opresión de los recaudadores y del aumento de los nuevos impuestos sobre las casas, y él mismo con sus cosacos

1. Siempre que se hable de religión ortodoxa, se refiere a la cismática griega para los católicos.

imponía el castigo a los culpables. Sólo acudía al sable en tres casos: cuando los recaudadores no respetaban como era debido a los ancianos, como cuando permanecían ante ellos con la gorra puesta; cuando alguien se burlaba de la religión y las costumbres cosacas, y cuando se trataba de impíos o turcos, contra los cuales estaba siempre permitido levantar las armas para la mayor gloria del cristianismo.

En aquellos momentos, Taras se sentía muy satisfecho con la idea de llevar a sus dos hijos a la *setch* y de presentarlos allí con orgullo, diciendo:

—¡Mirad qué buenos mozos os traigo!

Soñaba con presentarlos a todos su viejos compañeros curtidos en las batallas y contemplar sus primeras hazañas en el arte de la guerra y en el de beber, cosas que para él eran imprescindibles del perfecto caballero. Al principio pensó en enviarlos solos; pero en cuanto vio su aspecto, su elevada estatura y su varonil belleza, el ardor guerrero de viejo se encendió y se dispuso a acompañarlos.

Hizo sus preparativos, dio las órdenes oportunas, preparó los caballos y sus jaeces, designó a los criados que debían servir a los jóvenes y delegó el mando del *polk* en Tovkatch, con la orden terminante de presentarse en la *setch* al primer aviso, con todo el regimiento. Aunque estaba un poco borracho y su cabeza un poco nublada, no olvidó ningún detalle; hasta dio orden de dar de beber a los caballos y de llenar los pesebres con el mejor trigo, y volvió a la casa cansado de tantos cuidados.

—Ahora, hijos míos, es tiempo de dormir. Mañana haremos lo que Dios disponga. No nos hagas las camas —dijo, dirigiéndose a su mujer—, no las necesitamos; dormiremos en el corral.

Apenas la noche había empezado a velar el cielo, pero Bulba tenía costumbre de acostarse temprano. Tendió una alfombra en tierra y se acostó sobre ella, cubriéndose con unas pieles de carnero, porque el aire de la noche era bastante fresco y a él le gustaba abrigarse cuando dormía en casa. Pronto empezó a roncar, y todos los que estaban acostados por el corral no tardaron en imitarlo. El primero que se durmió fue el guarda, porque había sido el más entusiasta al celebrar el regreso de los dos jóvenes.

La pobre madre era la única que no dormía. Acurrucada junto a sus hijos, acostados el uno al lado del otro, acariciaba los desordenados rizos de sus cabellos, que bañaba con sus lágrimas. Tenía puestos en ellos todos sus sentidos; sólo tenía ojos para contemplarlos. Les había dado su propio pecho, los había cuidado y mimado, y ahora sólo podía acompañarlos por un momento,

—¡Hijos míos! Queridos hijos míos, ¿qué será de vosotros? —decía, y las lágrimas surcaban su arrugado rostro, antaño hermoso.

Y, en efecto, la desdichada era bien digna de compasión, como todas las mujeres de aquel siglo batallador y rudo. No había conocido el amor más que breves instantes, mientras duró el primer fuego de la juventud y la pasión; luego su rudo amante la abandonó por el sable, por los compañeros y por los desórdenes de una vida desarreglada. Veía a su marido dos o tres veces al año, y, cuando esto sucedía, ¿qué vida era? Muchas injurias, incluso golpes, y pocas caricias, y tan sólo por compasión. Esto era todo. Las mujeres eran seres extraños entre aquella barahúnda de hombres aventureros. Sus hermosas y frescas mejillas se marchitaron en medio del fastidio y del aburrimiento que

la soledad engendra. Todo el amor, todos los sentimientos, toda la ternura y la pasión que es capaz de sentir una mujer se transformaron en ella en cariño maternal. Llena de ardor y de pasión, como una gaviota sobre su nido, velaba por sus hijos, y a estos hijos, a sus queridos hijos, se los llevaban ahora; la separaban de ellos quizá para no volverlos a ver jamás. Acaso en la primera batalla los tártaros les cortarían las cabezas, y ella no sabría dónde encontrar sus cuerpos, que, abandonados, serían despedazados por las aves de rapiña; y por cada gota de la sangre de sus hijos ella hubiera dado la vida entera.

«Tal vez Bulba», pensaba, «cuando despierte decida retrasar la marcha un par de días. Puede que haya resuelto marcharse tan pronto sólo porque ha bebido mucho hoy».

Hacía ya rato que desde lo alto del cielo la luna iluminaba el patio. Ella seguía a la cabecera de sus hijos, acariciándolos con la mirada, sin acordarse de dormir. Los caballos, presintiendo la llegada de la aurora, habían dejado de pastar y se habían tendido sobre la hierba; las hojas de los sauces empezaban a susurrar con la brisa, y reflejos rojizos comenzaban a iluminar el cielo. Bulba se despertó de pronto, y, acordándose de todo cuanto había dispuesto la víspera, se puso en pie y gritó:

—Muchachos, ¡es la hora! ¡Basta de dormir! Dad de beber a los caballos. Pero ¿dónde está la vieja? —Así solía llamar a su mujer—. ¡Rápido, vieja, preparáanos la comida, que el camino es largo!

La pobre mujer, privada de su última esperanza, se arrastró hacia la casa y preparó las viandas con los ojos llenos de lágrimas. Entretanto, Bulba daba órdenes, inspeccionaba la cuadra y escogía los mejores trajes para sus hi-

jos. Las botas sucias del seminario desaparecieron y fueron sustituidas por otras de tafilete encarnado, claveteadas en plata. Se cambiaron los pantalones por unos *charovari*, «anchos como el mar Negro», que caían formando millares de pliegues y arrugas, sujetos por un cordón de oro del que pendían largas tiras de cuero y, de éstas, todos los trebejos del fumador. Les vistieron por encima una casaca de color encendido como la grana, ceñida a su cuerpo por medio de una faja bordada, en la que metieron las armas: dos pistolas turcas damasquinadas y un largo sable. Sus caras, aún poco quemadas por el sol, parecían más blancas y hermosas; el naciente bigote negro hacía resaltar aún más la blancura de la piel y el sano y vigoroso color de la juventud. Unas gorras de astracán negro rematadas por borlas doradas contribuían a realzar la hermosura y arrogancia de los muchachos. Su pobre madre, apenas los vio, no fue capaz de pronunciar ni una palabra.

—¡Hijos míos, todo está dispuesto! ¡No tenemos tiempo que perder! —dijo al fin Bulba—. Ahora, como buenos cristianos, debemos sentarnos antes de marchar.

Y todos se sentaron, incluso los mozos y criados, aunque por respeto éstos lo hicieron cerca de la puerta.

—Madre, bendice a tus hijos —dijo Bulba—. Ruega a Dios que se batan siempre con valor y velen por su honor de caballeros, que permanezcan siempre fieles a la religión de Cristo y que, si no ha de ser así, que desaparezcan del mundo. Hijos, acercaos a vuestra madre; la plegaria de una madre preserva de todo riesgo tanto en el agua como en la tierra.

La madre los abrazó y, sollozante, tomó dos pequeños iconos de metal que colgó del cuello de sus hijos.

—Que la Virgen... os proteja... No os olvidéis, hijos míos, de vuestra madre... Enviadme noticias vuestras y pensad...

Y no pudo decir más.

—¡En marcha! —exclamó Bulba.

Los caballos ya estaban ensillados en el portal. Bulba saltó sobre su caballo, Diablo, que dio un respingo, como enfurecido, al sentir sobre su lomo la corpulencia del cosaco.

Cuando la madre vio que sus hijos montaban a caballo, se precipitó hacia el menor, cuyas facciones expresaban mayor ternura, y, sujetándose al estribo, con la desesperación pintada en la mirada, lo estrechó entre sus brazos. Dos robustos cosacos la cogieron con gran cuidado y respeto y la entraron en la casa; pero, en cuanto ellos salieron de nuevo al patio, corrió tras ellos con ligereza impropia de sus años y, sujetando de nuevo el caballo de su hijo más joven, se abrazó a él con delirio. Volvieron a llevársela. Los jóvenes cosacos empezaron a cabalgar, tristes, reteniendo las lágrimas por temor a su padre. Bulba, de todas formas, estaba también algo conmovido, aunque se esforzaba en disimularlo.

El día era de color de plomo. La verde hierba relucía a lo lejos. Los pájaros cantaban en variedad de tonos. Después de haberse alejado un poco, los jóvenes echaron la vista atrás. La casa había desaparecido casi por completo en lontananza; sólo se divisaban las dos chimeneas por donde tantas veces habían trepado siendo niños y las copas de los árboles, por las que antaño subían ellos como ardillas. Ante ellos se extendía una inmensa pradera que les recordaba la historia de su vida, desde cuando eran pequeños y juga-

ban sobre la hierba húmeda por el rocío, hasta los últimos años, en que se escondían por allí para acechar el paso de las jóvenes y ágiles cosacas de cejas negras. Al fin, sólo pudieron ver la larga pértiga colocada por encima del pozo, con una rueda de carro atada en lo alto.

La llanura parecía, desde lejos, una montaña que lo ocultaba todo.

—¡Adiós, hogar de la infancia! ¡Adiós, recuerdos!